

## FEIJOO EN LOS INICIOS DE LA HISTORIOGRAFÍA DE LA CULTURA

INMACULADA URZAINQUI\*

No creamos vendrá jamás a ser perfecta la reformación del estudio de las ciencias en una nación mientras no se introduzca en ella un gusto decisivo y una afición dominante a la historia literaria (Rodríguez Mohedano, 1766: XXII).

Es idea comúnmente recibida que Feijoo no es «un historiador ni un filósofo de la Historia», como rotundamente afirma Javier Fernández Conde al analizar esta dimensión poco conocida de su obra (1976: 75). Y, efectivamente, nada nos autoriza a deducir que quisiera pasar por historiador ni que lo sea en sentido estricto, por más que haya que reconocer también —y así lo hace este mismo estudioso— que frecuentemente irrumpe en el campo del saber histórico «con el mismo espíritu crítico que lo hace en otros ámbitos de la cultura», y que en diversos lugares de su obra formula ideas muy precisas sobre el exigente oficio de historiar. Por eso puede reconstruir, analizar y valorar su labor y teoría historiográficas.

Hay, sin embargo, un aspecto de esa labor y de esa teoría que pasa prácticamente por alto y que considero fundamental para calibrar la importancia de Feijoo en esa línea. Me refiero a la historia cultural, la historia de artes y ciencias, una de las grandes aportaciones de la Ilustración al conocimiento histórico, y en la que, como quisiera mostrar sucintamente en estas páginas, tiene un papel particularmente destacado. Por dos razones fundamentales: por ser, según creo, el primero en España en tratar específicamente de ella como disciplina autónoma, y por practicar lo esencial de su programa —hasta donde era razonable en una obra no pretendidamente histórica—, cuando todavía estaba dando en España sus primeros pasos. En definitiva, por su contribución a modelar y difundir el discurso histórico-cultural del saber ilustrado.

### LAS LUCES Y LA «HISTORIA LITERARIA»

Como acabo de apuntar, uno de los territorios más novedosos que la mentalidad historicista de la Ilustración va a incorporar al quehacer historiográfico es el de las ciencias y artes,

---

\* Universidad de Oviedo.

como ya subrayó Maravall en su importante estudio de 1972<sup>1</sup>; el afán por conocer cuándo han nacido y cómo se han ido desarrollando los distintos saberes y producciones del entendimiento humano: lo que entonces suele expresarse —recuérdese el título de la conocida obra de Juan Andrés— como «origen, progresos y estado actual de la literatura» o, sencillamente, *historia literaria*<sup>2</sup>, entendida bien en sentido general o en el de una parcela concreta (matemáticas, física, poesía, derecho, música, etc.). Y si ello es así, si se aspira a hacer, y se hace, mucha «historia literaria» es, en gran medida, por el cambio de paradigma que se produce en la visión del sujeto histórico.

En efecto, para la historia integral que postula el nuevo historicismo, la *literatura*, la producción cultural, en tanto en cuanto parte indisociable del acontecer humano debe ser un formante irrenunciable. Lo decía expresivamente el P. Sarmiento, el amigo y más estrecho colaborador de Feijoo, al iniciar sus *Memorias para la historia de la poesía* (terminadas en 1745), marcando distancias con la historiografía tradicional: «Si tomo un libro de historia en la mano, no tropiezo con otra cosa sino con un tejido continuado de guerras, con una fastidiosa repetición de oraciones que jamás han dicho los capitanes y, cuando más, con tal cual nacimiento, casamiento y muerte de príncipes, como si solo las acciones de estos fuesen el único objeto de la historia. Esta debe instruir a los hombres, presentándoles los sucesos más memorables, no solo belicosos, sino también físicos, cosmográficos, políticos, morales, teológicos y literarios» (Sarmiento, 1775: 7). Porque de eso se trataba, de superar la visión parcial que se venía practicando, para construir otra historia de espectro mucho más amplio y de la que era parte fundamental justamente esta a la que Saint-Aubin, Voltaire, D'Alembert, Luis José Velázquez, los hermanos Rodríguez Mohedano y muchos otros llamarán «historia del espíritu humano». El protagonismo del conocimiento histórico no puede recaer solo en príncipes, héroes y gobernantes; a su lado deben estar también las individualidades más notables de la cultura: los sabios, artistas, poetas y científicos que de un modo u otro han hecho papel en ella. Y tampoco bastan los sucesos políticos y militares para tener una cabal idea del pasado; deben comparecer igualmente los avatares, avances y retrocesos del universo intelectual. Porque sin ello la historia del mundo es «como la estatua de Polifemo sin su ojo ('eruto oculo'), sin aquello que mejor revela el espíritu y vida de la persona», según la elocuente imagen del gran Francis Bacon (1561-1626) al formular la importancia y necesidad de la «historia litteraria» o «historia litterarum et artium» en su *De dignitate et augmentis scientiarum* (1623)<sup>3</sup>. Es la materia («argumentum») de esa historia aún

<sup>1</sup> Lo que no quiere decir, obviamente, que antes no hubiera habido interés por el pasado de las distintas disciplinas científicas, pues desde la Antigüedad era habitual que los científicos se interesasen por la información procedente de cualquier época anterior (López Piñero, 1992: 29). Aunque todavía no contamos con ninguna historia de la historiografía cultural del XVIII, pueden verse aspectos significativos en Mindán (1956), Sánchez Granjel (1973), Peset y Mancebo (1975), Peset y Lafuente (1981) y Jalón (2002). Y con carácter general Burke (1994).

<sup>2</sup> Sobre las nociones de *literatura* e *historia literaria* en el siglo XVIII, véase Urzainqui (1987). Y para una panorámica general de los más importantes trabajos realizados en esta línea, Cebrián (1996, 1997) y Albiac (2011: 67-86).

<sup>3</sup> Es la traducción latina, ampliada, de la primera versión en inglés, *Of the Proficience and Avancement of Learning, Divine and Human*, publicada en 1605. Cito por Bacon (1664). La poderosa influencia de este aspecto de su pensamiento la puso de manifiesto Georges Gusdorf en el t. I de su valioso libro de 1966.

por hacer: las doctrinas y artes que han florecido en todos los tiempos y lugares. Una historia que, tal como él contempla —y se generalizará luego con desarrollos y matices de otros críticos (Morhof, Lambeck, Heumann, Rodríguez Mohedano, etc.)—, debe desplegarse en varios frentes complementarios: su origen, progresos y «peregrinaciones» por diversas partes del orbe; las obras más importantes que se han escrito en cada materia y sus autores; los descubrimientos realizados; las sectas que se han formado y las controversias más célebres que han mantenido los doctos; las calumnias que han padecido o los honores que han recibido; las academias, sociedades, colegios, etc.; la disposición de los diversos pueblos para el ejercicio de las ciencias, los factores que han contribuido a favorecer o entorpecer el desarrollo científico... En fin, todo lo relacionado con las letras a lo largo del tiempo; y ello, como explica también Bacon, no tanto para satisfacer la curiosidad de los amantes del conocimiento, cuanto por algo mucho más serio y grave: hacerlos sabios en su uso y administración. En España, una de sus primeras definiciones la encontramos en la *Retórica* (1752) de Mayans a propósito de la Historia: «La *historia literaria* refiere cuáles son los libros buenos i cuáles los malos, su método, estilo i uso; los genios i ingenios de sus autores; los medios de promover sus adelantamientos o de impedirlos; los principios i progressos de las sectas eruditas; las universidades literarias; las academias i sociedades de varias ciencias, i el estado de la literatura en ellas; i el adelantamiento o descuido de las naciones en cada género de ciencia» (1984: 623). Sin citarlo, la huella de Bacon resulta evidente.

Pero además de esta razón básica, hay otras más que juegan a favor de esta nueva rama de la historia. Por lo pronto, la idea, hija igualmente de la revolución epistemológica que alumbraba la cultura ilustrada en la estela baconiana, de que no puede haber verdadero progreso en ningún campo del saber si antes no se conoce lo que se ha hecho y avanzado hasta ese momento, los libros que se han escrito sobre el tema y las circunstancias que han condicionado su desarrollo en el tiempo. Y por eso, por ese planteamiento abarcador del mundo del libro y de las letras, se la estimó como «la puerta de toda sabiduría sólida», en palabras del sabio P. Andrés Marcos Burriel, una de las figuras más destacadas de la historiografía de mediados de siglo (Burriel 1971 [1749]: 324). Más explícitamente lo expresaba unos años después el autor anónimo (probablemente Campomanes) del *Discurso crítico-político sobre el estado de la literatura en España y medios de mejorar las universidades y estudios*: «Para que sea útil y progresivo [el estudio] y poder adquirir en cada ciencia y profesión aquellos conocimientos que son necesarios para poder poseerla con alguna perfección y extensión, es necesario tener la historia y progresos de la facultad que se profesa» (*Discurso crítico-político*, 1974: 40). Justamente desde estos presupuestos se creó en 1785 la cátedra de Historia Literaria en los Reales Estudios de San Isidro: para proporcionar la base necesaria para el desarrollo intelectual.

La avalaba además su poderosa virtualidad para favorecer el espíritu de renovación, mostrar el dinamismo e internacionalización de la ciencia, contrastar opiniones, espolear el afán de aprender, institucionalizar la figura del científico y hombre de letras, y también, en un tiempo de confrontación cultural entre las naciones, para suministrar argumentos que permitieran defender los valores patrios; algo particularmente acusado en España, como se hará patente en multitud de obras, algunas tan significativas como la *Historia literaria de España*

(1766-1791) de los Rodríguez Mohedano, el *Saggio storico-apologetico della letteratura spagnuola* (1778-1781; trad. 1782-1786) de Lampillas o la *Oración apologetica por la España y su mérito literario* (1786) de Forner, encaminadas a engrandecer la cultura nacional y a contradecir, cada una a su modo, a quienes desde el otro lado de los Pirineos acusaban a los españoles de perezosos e inhábiles para generar conocimientos importantes e, incluso, de influir negativamente —caso de la poesía— en otras naciones. En definitiva, para configurar un escenario idóneo para *pensar* la cultura desde un enfoque evolutivo, expresar el compromiso con el progreso científico, penetrar en las causas de su situación actual, y forjar una tradición que reflejara la identidad nacional.

Obviamente, estas ideas y su materialización en obras concretas (tanto en forma de narración diacrónica como en la de repertorios bio-bibliográficos, diccionarios, vidas, elogios, ediciones y comentarios de textos, etc., pues todas son consideradas también «historia literaria» en tanto que contribuciones al conocimiento de libros y de autores), no surgen súbitamente, sino que se irán acompasando al ritmo de implantación del criticismo ilustrado; de manera tímida al principio y, luego, en progresión creciente, a medida que aumentan las traducciones, la circulación de libros y periódicos foráneos, y los contactos con el exterior, especialmente a partir de mediados de siglo. Tanto que Sempere y Guarinos llega a decir en 1782: «Nuestra historia literaria ha recibido mucha luz en este siglo. Apenas ha habido algún sabio español de mérito que no haya empleado parte de su aplicación en este estudio...» (1782: 256, n. 1).

## LA HISTORIA DE LA CULTURA EN EL TIEMPO DE LOS NOVADORES

Ciertamente, en los años que preceden a la aparición del *Teatro crítico* (1726), la historiografía de la cultura española, entendida en sentido crítico-bibliográfico, había alcanzado su madurez con las dos *Bibliothecae* de Nicolás Antonio, la *Nova*, editada en Roma en 1672, con un prefacio apologetico, y la *Vetus*, publicada póstumamente en 1696, también en Roma, gracias a los buenos oficios del deán Martí y el mecenazgo del cardenal Sáenz de Aguirre. Pero, fuera de ella, es poco todavía lo que se hace por plasmar el curso evolutivo de las ciencias y artes en ese gran despertar cultural que protagonizan los *novatores*. Desde luego, nada hay comparable al proyecto enciclopédico que desarrolla Daniel G. Mohrof, fundado en los planteamientos baconianos, en su *Polyhistor sive de notitia auctorum et rerum commentarii* (1688; ed. completa 1707) y a otras obras francesas e inglesas que por entonces se publican en esta línea historiográfica.

Aunque ya en 1680 Francisco Gutiérrez de los Ríos, tercer conde de Fernán Núñez (1644-1717), apunta novedosamente la necesidad de ensanchar el ámbito de la historia a materias integrables en el campo de las ciencias y artes en su preilustrado manual educativo *El hombre práctico*<sup>4</sup>, los historiadores más representativos del nuevo criticismo histórico

<sup>4</sup> En la amplia relación de materias que deberían incluirse en el estudio de la historia, señala: «la subsistencia o alimentos de todos, y los modos en que por la agricultura, comercio o navegación los han buscado y adquirido [...]».

—el marqués de Mondéjar, Sáenz de Aguirre, Salazar y Castro, Ortiz de Zúñiga, Ferreras, etc.—, pese al vivo interés que su conciencia de la decadencia española les hace sentir por nuestro pasado intelectual, particularmente el siglo XVI (Mestre, 1996; 2003: 43-45), no lo sitúan en el frente prioritario de sus afanes. Como ha subrayado reiteradamente su mejor conocedor, Antonio Mestre, lo que les preocupa fundamentalmente es debelar la historia mítica, romper con las ficciones alojadas en los falsos cronicones, y buscar los documentos y testimonios auténticos que digan la verdad de nuestro pasado político y eclesiástico. Los aspectos culturales ocupan un lugar bastante más secundario. Y con mayor motivo cabe decir esto de los demás historiadores<sup>5</sup>.

Donde se materializa de algún modo la desiderata de Gutiérrez de los Ríos es en las críticas a la autoridad de los antiguos o a los sistemas médicos anteriores que los *novatores* introducen en sus textos para exponer sus ideas de renovación científica<sup>6</sup> o en su reivindicación, frente a las críticas del extranjero, de los aspectos más innovadores de la cultura áurea, como es el caso del *Hipócrates aclarado y sistema de Galeno impugnado* (1717) del médico Miguel Marcelino Boix y Moliner<sup>7</sup>; en algunos tratados particularmente atentos a los antecedentes de la materia abordada, como la *Nueva descripción del Orbe de la tierra* (1681), de José Vicente del Olmo, encabezado por un índice de más de 700 autores (López Piñero y Navarro Brotóns, 1998: 24), o los dos importantes *Compendium* de Tomás Vicente Tosca, el *Mathemático* (1707-1715), síntesis de las conquistas más notables en el campo de los saberes físico-matemáticos, donde trata brevemente del «origen, progreso y utilidad de las matemáticas», y el *Philosophicum* (1721), introducido por una revisión de las diferentes escuelas o sectas filosóficas; en los trabajos de historiografía jurídica española de Juan Lucas Cortés, que nunca publicó (lo hizo, apropiándose los, el diplomático danés G. E. Franckenau); en los de sesgo más humanístico del deán Martí, aún inéditos, o, en fin, en la *Biblioteca Valentina* de José Rodríguez, terminada en 1703 y publicada en 1747.

No extraña por eso que Gregorio Mayans (1699-1781), que tan al tanto estaba de la vida intelectual, lamente en su *Carta-Dedicatoria* al ministro José Patiño (1734) el escaso cultivo de la «historia literaria» en España, y que él mismo se proclame su introductor por haber es-

---

Débanse, asimismo, considerar los principios de las leyes de cada pueblo [...], el juicio y estimación que en cada siglo de las diferentes opiniones de los filósofos y hombres sabios en las cosas naturales; en qué tiempos hayan florecido, descaecido o perdidose las artes liberales; a que dan gran luz, a más de las historias, las medallas y monedas, como las fábricas, inscripciones y ruinas de grandes edificios, en que por mayor se debe adquirir hábito y conocimiento del gusto y genio de cada siglo; sin ser de olvidar la historia y progreso de la hermosísima poesía y de los que en ella han florecido; de la medicina, por qué causas y en qué manera haya sido apreciable o despreciable» (Gutiérrez de los Ríos, 2000: 150). Puede verse un matizado comentario de esta propuesta en el prólogo a la citada edición y en Pérez Magallón, 2002: 180-181. No parece advertir los ecos de las ideas de Bacon, cuya obra sin duda conoció, aunque no la cite, como él mismo señala.

<sup>5</sup> Según se desprende del análisis de 330 libros de historia publicados en la segunda mitad del siglo XVII realizado por García Martínez (1966).

<sup>6</sup> Sobre este aspecto sigue siendo fundamental el libro de López Piñero (1979).

<sup>7</sup> Sobre este sesgo apologetico de algunos novatores, véase el capítulo III («Identidad nacional y autodefensa») del libro de Pérez Magallón (2002). Tiene muy en cuenta las apreciaciones al respecto de Quiroz-Martínez (1949), López Piñero (1979) y Martínez Vidal y Pardo Tomás (1995).

crita las biografías de algunos sabios (Antonio de Solís, Antonio Agustín, Nicolás Antonio), unos comentarios a la *República literaria* y la *Oración* en alabanza de Saavedra Fajardo:

La causa porque en España se cuida tan poco de la perfección de la historia es por lo poco que se estudia la literaria. Yo por mi parte he procurado manifestar un buen deseo de que esta falta se supla, aviendo publicado algunas vidas de hombres doctos [...]. Por el mismo deseo de introducir en España la historia literaria, años ha que hice (en el mayor hervor de mi adolescencia) unos apuntamientos para formar unos comentarios sobre la República Literaria de don Diego Saavedra Fajardo, i queriendo explorar cómo se recibían anticipé una oración, al parecer en alabanza de aquel mismo autor, pero verdaderamente crítica... (Mayans y Siscar, 1983: 256)<sup>8</sup>.

Como es fácil advertir, su noción de *historia cultural* se sustancia en el terreno de la bio-bibliografía, más en la línea de Nicolás Antonio que en la de construir un global relato diacrónico.

Esas limitaciones y carencias de las que se queja Mayans son las que llevan en 1727 al marqués de Santa Cruz de Marcenado, el asturiano Álvaro Navia Osorio (1684-1732), a iniciar el ambicioso proyecto de formar una enciclopedia, que pensaba titular *Diccionario Universal*, para suplir la ausencia de «diccionarios históricos bíblicos, geográficos, matemáticos, económicos, jurídicos, químicos, geométricos, de comercio, de marina, música, etc.» como tenían otras naciones<sup>9</sup>; un colosal empeño, del que da cuenta al final de los tomos VIII, IX y X de sus, tan admiradas por Feijoo, *Reflexiones militares* (1724-1730), en el que empezó a trabajar en los años de su estancia como diplomático en Turín con la colaboración de algunas personas, y para el que diseñó un catálogo de materias, dio pautas de trabajo muy precisas, indicó la bibliografía básica —cerca de cincuenta títulos, encabezados por el *Dictionnaire historique et critique* de Pierre Bayle (1695-1697) y El *Gran dictionnaire historique* de Moréri (1674)— e, incluso, mencionó a Feijoo como posible colaborador para la historia del Santo Oficio<sup>10</sup>. Pero, desgraciadamente, el proyecto no llegó a cuajar por el informe desfavorable que hizo la Academia de la Lengua a petición de Felipe V, al que había dado parte del mismo (decía que la idea era buena pero «ofrecía insuperables dificultades para la práctica»)<sup>11</sup>, y por no hallar en los intelectuales españoles la respuesta que esperaba (Ruiz de la Peña, 2012: 82-85).

<sup>8</sup> Puesta al frente de su *Colección de cartas civiles y literarias de varios autores españoles* (1734) y publicada ese mismo año en edición separada como *Pensamientos literarios*, es una exposición de sus proyectos reformistas. Sorprendentemente, al comentar Mestre el texto citado, equipara la «historia literaria» con la «crítica literaria», cuando evidentemente son dos nociones muy distintas: «Dentro de los medios propuestos para superar la decadencia cultural de la nación encuentra un lugar importante la historia, pero historia crítica, que apenas existía en España por carecer, asimismo, de crítica literaria» (1970: 70).

<sup>9</sup> Cito por Navia Osorio (1984: 795), que reúne los tres textos en el Apéndice IV.

<sup>10</sup> «Pediré al P. M. Feijoo, o a otro español erudito, que dé un compendio alfabético de la historia y principales progresos del Tribunal del Santo Oficio, con una lista de los inquisidores generales de España y Portugal, y la recopilación de la vida de cada uno a continuación de su apellido. Otra lista de los tribunales de Inquisición existentes» (cit. por Navia Osorio, 1984: 805).

<sup>11</sup> Citado por François Lopez en su esclarecedor estudio de 1996: 104.

A estos primeros trabajos, a los que habría que añadir los de varios eruditos por completar la obra de Nicolás Antonio, pero que no llegaron a pasar por las prensas (Cebrián, 1996: 516-518; 1997), se irán sumando en la década siguiente algunos otros más, también de carácter concreto y limitado. De Mayans, que, avanzando en la dirección iniciada, publica la *Vida de Miguel de Cervantes*, los *Orígenes de la lengua española*, las *Obras cronológicas* de Mondéjar y las cartas latinas de su admirado deán Manuel Martí, que, «además de lo que ilustran la antigüedad en innumerables asuntos, contienen una como historia literaria de los varones más eminentes del siglo pasado y presente»<sup>12</sup>; del propio Martí, editor en 1734 de la obra del poeta latino español Ruiz de Villegas, desconocido hasta entonces, con un prólogo sobre la cultura española áurea; de varios médicos interesados en los progresos de su disciplina, como Martín Martínez, el conocido defensor de Feijoo, cuya *Filosofía scéptica* (1730) dedica el primer diálogo a la historia de la materia, y algunos del círculo de Mayans, como Andrés Piquer, que en 1735 se dio a conocer con su *Medicina vetus et nova*, o Luis Millera, autor de una *Cirugía completa*, que no terminó, con una importante parte histórica<sup>13</sup>; de Luzán, en cuya *Poética* (1737) hallamos el primer ensayo de historia de la poesía española, etc. Y también por entonces empieza la historia de la actualidad cultural con el *Diario de los literatos de España* (1737-1742), formado básicamente por reseñas críticas de obras nuevas.

Indicador elocuente del interés por la historia de la cultura que ya se respira en esos años es que la Real Academia de la Historia exprese su aspiración a desarrollar esta línea de investigación en el punto I de sus Estatutos: «... será su primera empresa la formación de unos completos Anales, de cuyo ajustado y copioso índice se forme un diccionario histórico-crítico universal de España, y sucesivamente, *cuantas historias se crean útiles para el mayor adelantamiento tanto de las ciencias como de artes y literatos, que, historiadas, se hacen sin duda más radicalmente comprensibles*» (*Fastos*, 1739: 52. Subrayado mío). Una aspiración que, por lo complejo de las tareas que habían de precederle, se quedó «al menos por muchos años en la esfera de los posibles», como lamentarán años después los hermanos Mohedano (1766: X).

## LA APORTACIÓN DE FEIJOO A LA HISTORIA DE LA CULTURA

Feijoo, sin embargo, no parece estar en esa línea, pues la pretensión básica que le anima a emprender su obra, el destierro de errores comunes e ideas equivocadas, nada tiene que ver en principio con la historia. Pero basta recorrer las páginas del *Teatro crítico* (1726-1739) y las *Cartas eruditas* (1742-1760) para comprobar que muchos de los asuntos que hace desfilar están planteados para arrojar luz sobre hechos y personajes del pasado, que muchas de las cuestiones que pone sobre el tapete las avista desde una perspectiva histórica, y que sus argumentaciones están pobladas de ejemplos y referencias históricas. Dice así en su «Defensa de las mujeres»: «Ya es tiempo de salir de las asperezas de la física a las amenidades de la historia

<sup>12</sup> Carta al editor lionés Roque de Ville del 18 de diciembre de 1731 (Mayans, 1973: XXXIX).

<sup>13</sup> Sobre estos trabajos y la implicación de Mayans en los estudios histórico-médicos, véase Peset (1965: 3-53; 1972: XXIX-XL).



y persuadir con ejemplos que no es menos hábil el entendimiento de las mujeres que el de los hombres aun para las ciencias más difíciles» (TC, I, 16, 107)<sup>14</sup>. Aunque propiamente no sea, ni pretenda ser, un historiador, indudablemente Feijoo tiene una mente histórica, posee una impresionante erudición histórica, y hace mucha historia; historia política y social —historia de los hombres—, pero también, y en mayor medida, «historia literaria», intelectual, en el sentido baconiano de la expresión, que, como hemos visto, comporta un vasto programa de tareas encaminadas a dibujar la imagen de lo que han sido y son las producciones del espíritu humano. Basta poner en relación ese programa —que Feijoo, lector devoto del inglés, conocía muy bien—<sup>15</sup> con su obra para advertir la estrecha correspondencia que guarda con mucho de lo que hace: historia de conocimientos, doctrinas, y sistemas filosóficos y científicos, memoria crítica de figuras relevantes de las letras, análisis de libros, precisiones histórico-bibliográficas, noticia de descubrimientos, de Academias e instituciones culturales y de controversias, examen de la disposición y capacidad de personas y naciones para el conocimiento... Y ello, sin desmentir sus propósitos básicos ni hacer ningún anuncio especial, pues se corresponde con esa otra vertiente de su escritura que también anunciaba en el prólogo: «proponer la verdad». La «verdad», en este caso, de ese inmenso universo de ciencias y artes que ha generado el intelecto humano y que, en la órbita de Bacon, contempla como inequívocamente histórico, es decir, como una realidad dinámica y cambiante. Por eso decimos que Feijoo hace «historia literaria», porque capta, y entiende, las manifestaciones culturales desde una perspectiva histórica, y porque esa perspectiva le lleva a reunir un vasto repertorio de informaciones significativas para conocer el proceso evolutivo de los saberes y las artes desde una cosmovisión ilustrada, particularmente las referidas a la luego llamada Revolución científica.

Obviamente, por el carácter misceláneo y el formato ensayístico de su escritura, su «historia literaria» dista mucho de tener un carácter regular y sistemático. Se trata más bien de un discurso fragmentario, disperso, que unas veces introduce de manera oblicua, en el cauce de sus propuestas o de su combate contra prejuicios y creencias erróneas —caso, por ejemplo, del ajustado resumen histórico de los sistemas médicos que ofrece en el discurso «Medicina» justificando su escepticismo médico (I, 5), o de la relación de mujeres insignes «en todo género de letras» con la que apoya su tesis en el anteriormente citado en defensa de las mujeres—, y otras, directamente, haciendo objeto de algún discurso o carta un asunto concreto, que siempre es de manera puntual y sin orden preestablecido. En cualquier caso, ocupando muchas páginas, tanto del *Teatro crítico* como de las *Cartas eruditas* que, aunque con distinto formato, son continuación directa del *Teatro*.

<sup>14</sup> Cito las obras de Feijoo por la primera edición, imprenta de Francisco del Hierro, actualizando ortografía y puntuación. Abrevio los títulos con arreglo al siguiente criterio: *Teatro crítico universal* (TC), *Cartas eruditas y curiosas* (CE), tomo, n.º de discurso o carta. Para la Carta 10 del tomo IV tengo en cuenta el texto, cuidadosamente anotado, de Uzcanga Meinecke (2009).

<sup>15</sup> Cita admirativamente su *De dignitate et augmentis scientiarum* en varias ocasiones. Dice así, por ejemplo, a propósito de los más insignes científicos ingleses: «A Bacon, descubriéndole la naturaleza el atrio de su magnífico palacio, puso a su vista las puertas por donde se podría entrar a los cuartos interiores, y él dio noticia al mundo de uno y otro en sus dos célebres obras, *Novum organum scientiarum* y *De Augmentis scientiarum*» (CE, IV, 13, 18). Sobre la gran influencia ejercida por Bacon en Feijoo es fundamental el estudio de McClelland (1975). No advierte, sin embargo, este aspecto que estamos considerando.



Esa forma de proceder, que cristaliza en una gran variedad de contenidos, avisa claramente de que no estaba en su ánimo forjar una cabal construcción histórica, sino perfilar ciertos aspectos del proceso evolutivo de los saberes y las artes, que, en el marco de sus preocupaciones y de los fines crítico-reformistas que persigue, considera significativos para el conocimiento o «desengaño» de sus lectores. Y eso, sin declararlo explícitamente, es lo que hace en esas páginas, sirviéndose de diversas fuentes de componente histórico-cultural; españolas, como las *Bibliotecas* de Nicolás Antonio, que aprecia sobremanera<sup>16</sup>, o la muy posterior *Bibliographia critica sacra et prophana* (1740-1742) del «doctísimo y reverendísimo padre» fray Miguel de San José, y, sobre todo, extranjeras (francesas principalmente), entre las que destacan el *Grand Dictionnaire historique* (1674) de Louis Moréri, el *Dictionnaire historique et critique* (1695-1697) de Pierre Bayle, la *Histoire de l'Académie Royale des Sciences*, órgano de ese relevante centro científico por el que sintió profunda devoción, iniciada en 1699, la *Histoire de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, órgano a su vez de dicha Academia que se empezó a publicar en 1717, la *Histoire ancienne* (1730-1738) de Rollin, la *Censura celebriorum authorum* (1690) de Thomas Pope-Blount, las *Mémoires pour servir à l'histoire et au progrès de l'astronomie, de la géographie et de la physique* (1738) de Joseph Nicolas Delisle, la *Bibliothèque universelle et historique* (1686-1693) de Jean Le Clerc, las *Réflexions sur la philosophie ancienne et moderne* (1676) del P. Rapin, el *Theatrum vitae humanae* de Beyerlink, el *Traité de l'Opinion ou Mémoires pour servir à l'histoire de l'esprit humain* (1733) de Saint-Aubin, etc.

Ese empeño por precisar o dar a conocer aspectos del devenir cultural, aunque presente en gran parte de su obra, podemos verlo plasmado de manera específica en una larga serie de discursos y de cartas.

Al primero de los aspectos señalados —historia de conocimientos, doctrinas, experimentos, y sistemas científicos y filosóficos— consagra un puñado de discursos y de cartas, entre los que cabe el ya mencionado «Medicina», «Guerras filosóficas» (TC, II, 1), que es una amplia panorámica del aristotelismo y de los filósofos y sistemas que lo han venido combatiendo; «Peso del aire» (TC, II, 11), dirigido a explicar la introducción de las nuevas ideas sobre el tema; «Esfera del fuego» (TC, II, 12); «Paradojas físicas» (TC, II, 14); «Mérito y fortuna de Aristóteles y de sus escritos» (TC, IV, 7); «Racionalidad de los brutos» (TC, III, 9), explicación histórica de la polémica sobre la cuestión; «Escepticismo filosófico» (TC, III, 13); «De lo que sobra y falta en la Física» (VII, 13), en el que, a propósito del método experimental, destaca los avances que se han hecho en España, mencionando como ejemplos al «ingenioso jesuita Rodrigo de Arriaga» y al también jesuita Luis de Losada; «Sobre los sistemas filosóficos» (CE, II, 23), centrada en los sucesivos de Descartes, Gassendi y Newton, y su complemento, «Satisfacción a un reparo histórico-filosófico» (CE, II, 24), donde corrobora su anterior afirmación acerca del pionero papel de Bacon en mostrar el descaminado rumbo

<sup>16</sup> «No sería razón pasar en silencio a Don Nicolás Antonio, autor de la *Biblioteca Hispana*, obra, según la opinión universal, superior a cuantas bibliotecas nacionales han parecido hasta ahora, y que no se pudo hacer ni sin un trabajo inmenso ni sin una extensión dilatadísima de crítica» («Glorias de España», TC, IV, 14, 56). Véase también TC, VI, 2, 100 y TC, VII, 7, 35, donde lo califica como «doctísimo y diligentísimo varón».

que han seguido los sistemas filosóficos; «Sobre el sistema copernicano» (CE, III, 20); «Del Sistema Magno» (CE, III, 21); «De los filósofos materialistas» (CE, IV, 15); «Progresos del sistema filosófico de Newton, en que es incluido el astronómico de Copérnico» (CE, IV, 21) y «De los filósofos materialistas» (CE, V, 15). En esta línea, aunque en sentido muy distinto, están «Cuevas de Salamanca y Toledo, y mágica de España» (TC, VII, 7), en el que, tras un amplio recorrido histórico de las artes mágicas, se detiene para combatir «la especie de que un tiempo hubo escuelas de las artes mágicas en varias partes de España», y «Sobre la ciencia médica de los chinos» (V, 11).

De inventos y avances científico-técnicos —que considera mucho más gloriosos para la humanidad que las mayores conquistas (CE, II, 19)—, habla en infinidad de ocasiones. De algunos, monográficamente, como ocurre con el descubrimiento de «las variaciones del imán», el remedio de la transfusión de la sangre (CE, I, 16), la «medicina transplantatoria» (CE, I, 17), el nuevo arte de beneficiar la plata (CE, II, 19), el descubrimiento de la circulación de la sangre hecho por un albéitar español (CE, III, 28) o la invención del arte que enseña a hablar a los mudos (CE, IV, 7).

Las diferencias de opinión en materias científicas y filosóficas, muy presentes también en su obra, merecen tratamiento específico en el ya citado «Guerras filosóficas» y en «El gran magisterio de la experiencia» (TC, V, 11), donde, a vueltas de su apasionada defensa del método experimental, ilustra las cautelas con que ha de practicarse con diversos ejemplos de discrepancias de criterio sobre ciertas cuestiones.

En el marco de la polémica entre antiguos y modernos que tanto venía agitando desde fines del siglo anterior los medios intelectuales europeos, y que tan decisiva fue para la formulación de la idea de progreso de los conocimientos (Nisbet, 1980: 216-223; Albiac, 2011: 29-37), interviene monográficamente en dos ocasiones: con un propósito reivindicativo de los antiguos —sin desmentir en absoluto su fascinación por los avances modernos— en el discurso «Resurrección de las artes y apología de los antiguos» (TC, IV, 12), encaminado a mostrar que su ingenio «en nada fue inferior al de los modernos» y a probar que muchas doctrinas y descubrimientos en ciencias y artes que se juzgan modernos fueron muy anteriores, y en la Carta «Maravillas de la música y cotejo de la antigua con la moderna» (CE, I, 44), que es una confrontación entre los valores de una y otra para poner de manifiesto que los de aquella no desmerecen de la pretendida superioridad de esta.

Otra línea de fuerza que recorre prácticamente toda su obra es la valoración crítica de autores —filósofos, científicos, poetas, historiadores...—, desde la Antigüedad hasta el presente. Unas veces, al hilo del tema que está tratando, y otras, específicamente, como sucede con Aristóteles, Lucano, Descartes, Gassendi, Newton, Raimundo Lulio, Enrique Flórez, el P. Codorniú, el médico español Francisco Solano de Luque, etc.

Este empeño, aderezado de una voluntad apologética, toma cuerpo en «Apología de algunos personajes famosos en la historia» (TC, VI, 2), escrito para rebatir las acusaciones infamantes hechas a diversos personajes históricos, entre ellos, figuras notables del pensamiento como Empédocles, Demócrito, Epicuro, Plinio el Mayor, Apuleyo y Enrique de Villena.

En esta línea reivindicativa se mueve también, con un sesgo marcadamente patriótico, la segunda parte de «Glorias de España» (TC, IV, 14), dirigida a defender los valores de la cultura patria («la habilidad intelectual de los españoles con extensión a todo género de materias») principalmente con testimonios de autores extranjeros.

Por último, y en la estela de las propuestas baconianas para la historia cultural, hay también dos aspectos que reclaman su atención: la capacidad de raciocinio y disposición para el conocimiento de los pueblos, y los factores que han contribuido a que unas naciones, como Inglaterra o Francia, avancen más que otras o, caso de España, esté tan atrasada en materia científica. El primero, que nadie antes había examinado en España (Maravall, 1991 [1972]: 134), se plasma especialmente en dos discursos del *Teatro crítico*: «Mapa intelectual y cotejo de naciones» (II, 15), dirigido a poner de manifiesto que, en lo sustancial, no hay pueblos más dotados que otros para el raciocinio, y «Responde el autor a un tertulio que deseaba saber su dictamen en la cuestión de si en la prenda del ingenio exceden unas naciones a otras (IV, 13), donde amplía y matiza lo señalado en el anterior; y el segundo, en «De lo que sobra y falta en la Física» (TC, VII, 13), «De lo que sobra y falta en la enseñanza de la Medicina» (TC, VII, 14), «Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales» (CE, II, 16) y «Sobre el adelantamiento de ciencias y artes en España, y apología de los escritos del autor» (CE, III, 31). En esta línea se mueven también, llevando la idea al terreno concreto de dos colectivos, «Defensa de las mujeres» y «Españoles americanos» (TC, IV, 6), que es un alegato contra la extendida creencia de la anticipada decrepitud intelectual de los criollos poniendo a la vista una selecta nómina de personajes ilustres en letras.

## «PENSAR» LA HISTORIA LITERARIA

Pero Feijoo no solo hace historia. Su interés por ella le lleva también a tratar del quehacer historiográfico a lo largo de muchas reflexiones dispersas y, especialmente, en «Reflexiones sobre la historia» (TC, IV, 8), «Divorcio de la historia y la fábula» (TC, V, 8), «Origen de la fábula en la historia» (CE, I, 42), «De la crítica» (CE, II, 18), y «Respondiendo a una consulta sobre el proyecto de una historia general de ciencias y artes» (CE, IV, 10), que es donde de manera específica encara esta novedosa rama de la historia, sobre la que aún no se había pronunciado, y sobre la que tampoco tengo constancia de que nadie en España hubiera escrito antes de propósito.

Como apunta el título y él mismo confirma, lo hace a petición de un innominado conde, gran admirador suyo, que proyecta escribir una «historia general de ciencias y artes»:

Muy señor mío: Aún no del todo convallecido de una penosa fluxión que padecí estos días y me hizo retardar la respuesta a la carta de V. S., digo que recibí esta con singular estimación por lo mucho que V. S. me honra en ella, suponiendo mera liberalidad al mérito que no tengo; en cuya cuenta entra también el considerarme apto para satisfacer a V. S. sobre la consulta que me hace en orden al gran proyecto literario que ha concebido de historia general de ciencias y artes, y en que cuanto yo puedo hacer es representar a V. S. la arduidad de la empresa.

Si hasta ese momento había tratado de aspectos del conocimiento histórico que casaban muy bien con su propósito crítico (las garantías de verdad, el discernimiento entre fábula e historia, la supremacía de la razón sobre la autoridad, la expresión estilística de los textos históricos, los requisitos indispensables del historiador...), ahora lo hará en dirección muy distinta y, además, lo que cabe dudar, no por propia iniciativa.

En efecto, como ocurre con muchas de las *Cartas eruditas* —la mayoría escritas para responder a preguntas, propuestas o reparos de un corresponsal innominado—, desconocemos si esa petición fue real o una ficción para abordar uno de tantos asuntos que motivaban su prodigiosa curiosidad intelectual. Aunque sabemos que muchos de los destinatarios iniciales fueron reales, y podemos suponerlo de unos cuantos más (Urzainqui, 2014), quedan muchas todavía por determinar, como es el caso, si fueron respuesta a corresponsales reales o pura invención suya. Desde luego, si fue inventada no habría que buscar más explicación que la que acabamos de apuntar. La escribiría para tratar de esa nueva rama del conocimiento histórico y ofrecer una guía bibliográfica a los interesados; quizá estimulado por la efervescencia historicista que se estaba viviendo por esos años y los planes gubernamentales —si es que supo de ellos— de crear una Academia de Ciencias, Bellas Letras y Artes (Álvarez de Miranda, 1993). Pero si fue real, y decidió dar curso público a su respuesta en la creencia de que iba a ser útil para sus lectores (como era su norma), tendría además otro calado, pues certificaría un objetivo absolutamente inédito en España y en Europa.

Supuesta esa posibilidad, las preguntas son inevitables: ¿a qué «proyecto» puede referirse?, ¿cuándo escribe la Carta?

Como sucede también con la mayoría de ellas, al no estar fechada ni haber ninguna mención a hechos contemporáneos su datación resulta problemática. Razonablemente cabe pensar que fue en el tiempo que media entre 1750, en que sale el tomo III, y principios de 1753 (la dedicatoria a la reina del IV, en el que aparece esta Carta, va fechada el 8 de enero de ese año). Pero como a veces publica Cartas bastante anteriores, esta hipótesis ha de tomarse con cautela. Desde luego, si el proyecto se hubiera llevado a cabo no habría demasiados problemas. Pero, que yo sepa, no hay ninguna obra de los años inmediatos que se corresponda con él. Por su carácter, se aproxima al planteamiento que hace por entonces Luis José Velázquez, gran admirador suyo, de una historia de los conocimientos en el marco de un vasto plan de historia civil de España que expondrá en su *Noticia del viaje de España* (1765); pero se aleja de él por su diseño universal y por sus concreciones bibliográficas, ausentes enteramente en el de Velázquez. Por lo mismo, tampoco tiene que ver con el proyecto que emprenderán poco después otros grandes admiradores de Feijoo, los hermanos Rodríguez Mohedano, centrado exclusivamente en la *Historia literaria de España*, como ellos mismos reconocen en el extenso prólogo de su obra (1766: LXX). Con el que sí encaja es con el monumental cuadro de la cultura universal que años después trazará Juan Andrés en su *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (1782-1799; trad. esp. 1784-1806). Pero, obviamente, esta distancia cronológica y la personalidad bien conocida del autor obligan a descartarlo. ¿Podría responder acaso a una idea en la que hubiera pensado el joven conde de Peñafloreda,

también entusiasta de Feijoo y corresponsal suyo, según él mismo confiesa<sup>17</sup>, al término de sus estudios en Toulouse (1746), cuando empieza a forjar diversos proyectos culturales que fraguarán en la Academia de Ciencias y Artes que dio paso en 1764 a la Sociedad Bascongada de los Amigos del País? Aunque la hipótesis resulta atractiva por la posibilidad de identificar a ese innominado conde, me inclino también a descartarla, tanto porque su vida discurrió en esos años en su Azcoitia natal y no en Madrid, donde por lo que dice Feijoo parece vivir su corresponsal, como porque no queda ningún rastro de historia cultural ni en sus actividades ni en los proyectos historiográficos de los primeros miembros de la Bascongada (Olabarri, 1986) ¿Podría tratarse de Campomanes, que ya se había dirigido por carta a Feijoo en marzo de 1750 proponiéndole asuntos que tratar? (Urzainqui, 2003). Tampoco lo creo; no solo porque aún no ostentaba el título, sino porque la frenética actividad que estaba desarrollando por entonces, y la que le seguirá después, no dan pie a suponer que pensara emprender obra de tal naturaleza. De todos modos, aunque hoy por hoy nada cierto podamos decir al respecto, no resulta inverosímil, si no fue una ficción de Feijoo (cosa que en absoluto sospechan los Mohedano), que alguien, quizá vinculado a la Academia de la Historia, se planteara acometer empeño de semejante envergadura.

Porque, en efecto, eso es lo que trasladan sus palabras: que ese «gran proyecto literario» para el que se le consulta no era ni más ni menos que el de tejer una «historia general de ciencias y artes», un relato, se deduce, del origen y desarrollo de los distintos segmentos de la cultura universal en la línea de lo que, andando el tiempo, se materializará en el enciclopédico *Origen* de Juan Andrés, única obra de tal carácter en la Europa del XVIII.

¿Y qué es lo que sugiere y recomienda para llevarlo a efecto?

Sin entrar en cuestiones como el valor o el modo de construir esa historia, sobre las que tal vez pensaba tratar en la carta que promete escribir a su corresponsal si definitivamente el proyecto se pone en marcha, su exposición se centra en los dos aspectos que debió de juzgar más perentorios: la necesidad de trabajar en equipo con personas cualificadas, y el acopio de la bibliografía adecuada para reconstruir y caracterizar, desde un prisma histórico, el desarrollo cultural.

Como dictamina con absoluto buen sentido ya en la primera frase, tal empresa «no es obra para un hombre solo ni para tres, cuatro o cinco, sino para muchos, y estos muy versados en las facultades cuya historia se intenta, uno en cada una; aunque podrá hallarse tal o cual sujeto que cómodamente abarque tres o cuatro». Si hubiera «historias particulares de todas esas facultades», tal vez no sería menester tanto; pero siempre será mucho, porque para resumir la historia de cualquier facultad, aunque no se precise un conocimiento profundo, hace falta bastante más que un mero barniz superficial («aquello que se llama meramente

<sup>17</sup> En carta no fechada [1759] a «Francisco Lobón de Salazar» (el P. Isla): «... yo he tenido tal manía en esto, que me he dejado llevar de la humorada de escribir a nuestro eruditísimo Feijoo, a los padres Cavaleri y Saleet, insígenes jesuitas franceses, a Monsieur Nollet [...] no más que por lograr respuesta de estos grandes hombres, recrearme con ellas, y mostrarlas a los que vienen a mi gabinete» (Isla, 1945: 387).

tintura»). Para abundar más en la idea, dibuja una plástica estampa de esos sabios de pacotilla («aventureros de la República Literaria») que, creyendo estar en posesión de muchos conocimientos porque han leído algunos libros, se lanzan a estampar absurdos y monstruosidades porque, sin la base necesaria, no entienden o entienden mal lo que han leído. Por eso, lo primero que habría que hacer es buscar personas capaces de formar las distintas historias disciplinarias y lograr, lo que seguramente tampoco será fácil, que estén dispuestas a trabajar:

Pase esto por digresión; y volviendo al propósito, digo que creo que, aun fuera de lo mucho que V. S. podrá hacer por sí mismo, habrá en la Corte sujetos bastantes para extractar muy bien las historias que haya escritas de muchas ciencias y artes, ya que no de todas. ¿Pero querrán todos los que son hábiles para ello dedicarse a ese trabajo? Mucho lo dificulto. Unos estarán empleados en otras tareas que considerarán más útiles para sus personas. Otros se hallarán ligados de obligaciones, o políticas o morales, que les impedirán trabajar para la imprenta. Otros tendrían otros obstáculos.

Feijoo, está claro, no es muy optimista. Pese a ello, y suponiendo que ese equipo de especialistas se logre, pasa a proponer «los libros necesarios para esa gran colección», no sin advertir, para que no se llamen a engaño, que «son pocos los que hay de historias particulares de ciencias y artes», al menos los que han llegado a su noticia.

Puesto ya a concretarlos, distingue, por un lado, cuatro materias específicas —filosofía, medicina, ciencias matemáticas, y pintura y arquitectura— y, por otro, repertorios de carácter más general que puedan suministrar información sobre todas las demás. El hecho de que ninguno sea español indica a las claras que nada de lo que había aquí satisfacía sus expectativas.

Comenzando por la historia de la filosofía, remite, para la antigua, a «los dos tomos que escribió el inglés Thomas Stanley», en los que se podrá encontrar «cuanto se puede desear» sobre la materia. Y para los tiempos posteriores, además de varios discursos suyos, el *Origine ancienne de la physique nouvelle* (1734) del jesuita francés Noël Regnault (1683-1762):

Para continuar desde allí la historia hasta nuestros tiempos hallará V. S. muchos materiales en varios discursos del *Teatro crítico*, v. gr. «Guerras filosóficas», «El gran magisterio de la experiencia», «Mérito y fortuna de Aristóteles», etc. Pueden conducir al mismo asunto los tres libritos del padre Regnault cuyo título es *Origen antiguo de la física moderna* (CE, IV, 10).

La obra de Stanley, primera de las rotuladas como «historia de la filosofía», es la celebrada *The History of Philosophy: containing the Lives, Opinions, Actions and Discourses of the Philosophers* (Londres, 1656-1660), escrita bajo la inspiración enciclopédica de Bacon (Giolito, 2008: chap. 2) para dar a conocer cronológicamente la vida y opiniones de los filósofos «de todas las sectas». Muy difundida en Inglaterra, fue también ampliamente conocida en Europa mediante su traducción latina (Leipzig, 1711, 2 vols.) que es la que conoce y cita Feijoo en varias ocasiones. La segunda, como anuncia el título, ofrece una comparación entre la antigua y la nueva física, reivindicando para esta un gran número de inventos e ideas nuevas. Tanto esta obra como los *Entretiens physiques d'Ariste et d'Eudoxe ou Physique nouvelle en dialogues* (1729), a la que Feijoo recurre en numerosas ocasiones, obraban en su biblioteca

(Hevia Ballina, 1976: 165). En cuanto a sus propios discursos, su sola referencia prueba claramente que los escribió desde un enfoque netamente historicista.

Pasando a la medicina, recomienda un texto fundamental del saber histórico-médico (López Piñero, 1992: 30): la difundida *Histoire de la Médecine*, «ou l'on voit l'origine, et les progrès de cet art de siècle en siècle depuis le commencement du monde» (Ginebra, 1696), de Daniel Le Clerc, amén de su propio discurso «Medicina»: «La historia de la medicina escribió Daniel Le-Clerc docto médico de Ginebra. Es verdad que no se extiende más que hasta Galeno; pero hizo después un plan de continuación hasta nuestros tiempos que puede servir mucho. Y algo hay conducente en mi discurso sobre la Medicina» (CE, IV, 10).

También fundamental es el que recomienda para las matemáticas: la exposición histórica que precede al completo *Cursus seu mundus mathematicus...* (Lyon, 1674) de Claude-François Milliet Dechales, autor muy admirado y repetidamente citado por él (lo tenía también en su biblioteca), en el que, efectivamente, aparecen consignados los más importantes «progresos» que se han ido haciendo desde la Antigüedad hasta el presente en los distintos campos físico-matemáticos contemplados en la obra.

Sobre la historia de la música, en cambio, no cita autor determinado, sino que remite a los trabajos sobre el tema contenidos en la prestigiosa *Histoire de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, que también conoce bien —estaba suscrito a ella (Hevia Ballina, 1982: 140)— y utiliza con frecuencia, sobre todo en las *Cartas eruditas*: «De la música se puede formar historia casi completa de los muchos materiales que hay para ella en la *Historia y Memorias de la Academia Real de las Inscripciones y Bellas Letras*. En el tomo undécimo, que es índice de los diez precedentes, V. *Musique*, verá V. S. notados todos los lugares donde hay dichos materiales» (CE, IV, 10).

Para la pintura y arquitectura propone, respectivamente, los *Entretiens sur les vies et sur les ouvrages des plus excellents peintres anciens et modernes* (1666-1668) de André Félibien, historiador oficial de la corte de Luis XIV y miembro de las Academias de Arquitectura e Inscripciones, y el *Recueil historique de la vie et des ouvrages des plus célèbres architectes* (1687) de su hijo Jean-François, también arquitecto y miembro de ambas corporaciones. Aunque es posible que las utilizara para algunas referencias artísticas, solo las menciona en esta ocasión.

Por último, a falta de historias formadas, indica «tres fuentes copiosas de noticias para la historia de ciencias y artes, que son el *Theatrum vitae humanae* de Lorenzo Beyerlink, las *Memorias de Trévoux*, y los tres tomos últimos de la *Historia Antigua* de Monsieur Rollin» (CE, IV, 10). La primera es el *Magnum Theatrum Vitae Humanae*, «ad normam polyantaeae dispositum» (Colonia, 1631), del jesuita flamenco Lawrence Beyerlinck, una voluminosa enciclopedia de materias diversas, que Feijoo maneja y cita en varias ocasiones aunque, según su propio comentario, no sea del todo fiable:

no hay sino buscar por el orden alfabético el nombre de la facultad de quien se desean las noticias y debajo de él se hallarán. V. gr., quiere V. S. noticias conducentes para la historia de la jurisprudencia,



en el cuarto tomo, pág. 748, verá el título *Ius. Jurisprudencia*, y, consiguientes a él, trece hojas llenas de especies pertenecientes a esta ciencia. Es verdad que el autor de esta dilatada obra suele ser poco exacto: defecto común a los que toman por su cuenta muy abultadas colecciones (ibíd.).

La segunda, que con razón considera de mucha más utilidad para sus fines, es la importante revista cultural *Mémoires pour servir à l'histoire des Sciences et des Arts* (1701-1767) —más conocida como *Mémoires* o *Journal de Trévoux* por estar publicada por un equipo de jesuitas en Trévoux—, una de las más difundidas entre los intelectuales europeos y españoles, y la más admirada y frecuentada por Feijoo<sup>18</sup>:

Las *Memorias de Trevoux* contribuirán con grandes y más seguros socorros para el asunto; grandes, porque esta dilatada obra fue y está dedicada a ese fin; y así le pusieron y ponen sus autores el título de *Memorias para la Historia de las Ciencias y Bellas Artes*, más seguros, por la mejor crítica y más ciencias de los autores, porque, como son muchos los que trabajan asociados en esta obra dividiendo entre sí los asuntos, abarca cada uno solo aquello que es proporcionado a su estudio, inteligencia y comprensión (ibíd.).

Efectivamente, concebida como un registro de la actualidad cultural europea —«historia literaria» del día (Urzainqui, 1987: 584-587)—, sus páginas, nutridas de reseñas críticas de las novedades bibliográficas, noticias de descubrimientos, actividades de Academias, Universidades, etc., fueron un espléndido ventanal para asomarse a los últimos compases del conocimiento y de las artes. Y, como quien lo tiene bien experimentado, explica cómo han de manejarse para encontrar fácilmente las informaciones:

El modo de usar de dichas *Memorias* es recurrir a la tabla que hay al fin de cada año, donde en distintas divisiones se coloca el índice de todos los escritos de que se dio noticia en los cuatro tomos pertenecientes a aquel año, poniendo las distintas materias debajo de los títulos correspondientes, v. gr. debajo del título *Medicina* se citan en sus respectivos lugares los libros pertenecientes a esta facultad de que se hizo crisis o extracto en aquellos cuatro tomos; lo mismo debajo de los títulos: *Poesía, Música*, etc. (ibíd.).

Y la tercera es la difundida *Histoire ancienne* de Charles Rollin (1730-1738), también citada por él en varias ocasiones, en cuyos tres últimos tomos, dice, «tendrá V. S. un servicio muy pronto, porque en ellos trata el autor de varias ciencias y artes apuntando el progreso que han tenido desde la antigüedad hasta nuestros tiempos. Es autor muy exacto, claro y de bello juicio, aunque en esta materia no da muchos materiales porque procede muy compendiarmente» (ibíd.).

Dicho lo cual, hace una última consideración —mejor no abordar la historia de la Teología por la complejidad que entrañaría, a no ser que se encargue de ella un teólogo muy docto y capacitado—, envuelta en una confesión autobiográfica: aunque tuvo la intención de formarla, finalmente desistió por consejo de personas de confianza que le hicieron ver la

<sup>18</sup> En el inventario de su biblioteca, Hevia Ballina consigna 245 volúmenes de la revista. Sobre su importancia en la obra de Feijoo, véase Ceñal (1966), Sáenz de Santamaría (1983) y Urzainqui (2004).

superior utilidad de la «literatura mixta» que tenía entre manos, y por su propia convicción de que sería un proyecto inabarcable.

Al final, y como despedida, expresa la confianza de que su corresponsal le avise si empieza a ejecutar el proyecto, y su promesa de suministrarle, si así fuera, «algunas noticias o reflexiones conducentes a su prosecución» (ibíd.); una promesa que es tácito reconocimiento de que habría más que decir y, también, más obras que mencionar. Porque, efectivamente, aunque las que recomienda sean realmente valiosas, podría haber incluido otras más que conoce y maneja habitualmente, como los diccionarios de Bayle y Moréri, o la *Histoire de la Académie Royale des Sciences*, por no hablar de otra particularmente significativa por ser la primera muestra de historia enciclopédica, la *Histoire littéraire de la France* publicada por sus «sabios» hermanos de hábito de Saint-Maur entre 1733 y 1763, que, sorprendentemente, no parece conocer. Sea como fuere, bastaba lo dicho para que cualquier lector interesado pudiera saber dónde acudir para tener cabal información del proceso evolutivo de las artes y las ciencias y, por otra parte, para que la «historia literaria» tomara cuerpo como materia independiente en el espacio del conocimiento histórico.

Pero aunque con ello podría darla por concluida, a modo de corolario añade después una «Noticia curiosa relativa a un punto de la carta antecedente», en la que da cuenta —a partir del extracto de una carta comunicada a uno de los redactores de las *Mémoires de Trévoux* por «un miembro de la Sociedad Regia de Londres» [Andrew Michael Ramsay] y publicada en 1732—<sup>19</sup> del prodigioso caso de «Mons. Stone», el brillante matemático y músico Edmund Stone, que, siendo hijo de un jardinero del duque de Argile [Argyll] y analfabeto hasta los 18 años, logró adquirir vastos conocimientos científicos gracias a su gran talento y extraordinario interés: prueba de que «un gran genio supera todas las incomodidades de la fortuna, del nacimiento, de la educación» y de que, aun sin voz viva de maestro y con solo el auxilio de los libros, se puede «llegar a poseer ventajosamente esta o aquella facultad» (CE, IV, 10).

Aunque la anécdota solo tangencialmente tenía que ver con el contenido de la Carta, era muy a propósito para que una vez más pudiera Feijoo hacer profesión de su fe en los libros y en el poder transformador del conocimiento. Con esa convicción había emprendido y diseñado su obra: para despertar en sus lectores un vivo deseo de aprender, para que supieran más, y dispusieran de criterios con los que perfeccionar su vida y contribuir a la mejora de la sociedad. A eso apuntaban su «desengaño» de errores comunes, su afán por proponer verdades y hacer familiares los mejores conocimientos nuevos, su incitación a la crítica y la independencia de juicio, su denuncia de inercias y abusos, sus ideas de reforma y apertura a Europa... Informar y formar, transmitir conocimientos y «enseñar a pensar», como certeramente escribía Edward Clarke, capellán de la embajada británica en Madrid los años 1761-1762, valorando su obra, en sus *Letters concerning the stage of Spain written at Madrid during the years 1760 and 1761* (1763): «Él solo ha hecho más para formar el

<sup>19</sup> «Lettre de M. le C. D. R au P. C. J», janvier, 1732, 109-113. La autoría del escocés A. M. Ramsay (1681-1743) la identifica Uzcanga (2009: 232).

gusto de los españoles y para enseñarles a pensar que todos sus predecesores» (citado por Sempere, 1786: 24).

Y en ese enseñar, y enseñar a pensar, se inscribe el vector de su obra en el que he querido fijarme: el historicismo de su epistemología pedagógica —su empeño en presentar las ciencias y las artes desde una perspectiva histórica para lograr así que sus lectores fueran, como postulaba Bacon, más *sabios* en el uso del conocimiento— y su pionero papel en la configuración de la historia cultural como disciplina autónoma.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Albiac Blanco, María-Dolores (2011), *Razón y sentimiento. El siglo de las Luces*, en *Historia de la literatura española*, t. 4, José-Carlos Mainer (dir.), Barcelona, Crítica.

Álvarez de Miranda, Pedro (1993), «Las Academias de los novatores», en Evangelina Rodríguez Cuadros (ed.), *De las Academias a la Enciclopedia: el discurso del saber en la modernidad*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim: 265-300.

[Bacon, Francis] (1664), Francisci Baconi de Verulamio, *Opera omnia*, Fráncfort, Impensis Joh. Baptistae Schönwetteri, Typis Matthaei Kefferi.

Burke, Peter (ed.) (1994), *Formas de hacer historia*, Madrid, Alianza.

Burriel, Andrés Marcos (1971), «Apuntamientos de algunas ideas para fomentar las letras», en Alfonso Echanove Tuero (ed.), *La preparación intelectual del P. Andrés Marcos Burriel, S. I. (1731-1750)*, Madrid; Barcelona, CSIC / Instituto Enrique Flórez. [Terminados antes de 1749.]

Cebrián, José (1996), «La historia literaria», en Francisco Aguilar Piñal (ed.), *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Trotta / CSIC: 513-592.

— (1997), *Nicolás Antonio y la Ilustración española*, Kassel, Reichenberger.

Ceñal, Ramón (1966), «Fuentes jesuíticas francesas de la erudición filosófica de Feijoo», en VV. AA., *El P. Feijoo y su siglo*, t. II, Oviedo, Cátedra Feijoo: 285-314.

*Discurso crítico-político sobre el estado de la literatura en España y medios de mejorar las universidades y estudios del reino* (1974), ed. José E. García Melero, Madrid, Fundación Universitaria Española («Documentos del Archivo de Campomanes»).

*Fastos de la Real Academia Española de la Historia* (1739), Madrid, Antonio Sanz.

Fernández Conde, Javier (1976), «Feijoo y la ciencia histórica», en Gabino Díaz Merchán (ed.), *Fray Benito Jerónimo Feijoo, fe cristiana e Ilustración*, Oviedo, Seminario Metropolitano: 75-113.

- García Martínez, Salvador (1966), «Las ciencias históricas y literarias en la España de Carlos II (1665-1700)», en *Actas del Segundo Congreso Español de Historia de la Medicina*, t. I, Salamanca, Sociedad Española de Historia de la Medicina: 293-301.
- Giolito, Christophe (2008), *Comprendre l'histoire de la philosophie*, Paris, Armand Colin.
- Gusdorf, Georges, *Les sciences humaines et la pensée occidentale. T. I. De l'histoire des sciences à l'histoire de la pensée*, París, Les Éditions Payot, 1977 [1.ª ed. 1966].
- Gutiérrez de los Ríos, Francisco (2000), *El hombre práctico, o discursos varios sobre su conocimiento y enseñanzas. Por Don ... , conde de Fernán Núñez*, introducción, ed. y notas Jesús Pérez Magallón y Russell P. Sebold, Córdoba, Publicaciones Obra Social y Cultural Cajasur.
- Hevia Ballina, Agustín (1976), «Hacia una reconstrucción de la Librería particular del P. Feijoo», en Gabino Díaz Merchán (ed.), *Fray Benito Jerónimo Feijoo, fe cristiana e Ilustración*, Oviedo, Seminario Metropolitano: 139-186.
- (1982), «El P. Feijoo desde su biblioteca: sus aficiones histórico-geográficas», *Yermo*, 20, 1-2: 111-148.
- Isla, José Francisco de (1945), *Obras escogidas del Padre... con una noticia de su vida y escritos*, ed. Pedro Felipe Monlau, Madrid, Atlas (BAE, XV).
- Jalón, Mauricio (2002), «¿Qué es la Ilustración española? La centralización de las ciencias», en José Luis Peset (dir.), *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla. IV. Siglo XVIII*, Salamanca, Junta de Castilla y León: 33-47.
- Lopez, François (1996), «Los novatores en la Europa de los sabios», *Studia Historica. Historia Moderna*, 14: 95-111.
- López Piñero, José María (1979), *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Labor Universitaria.
- (1992), «Las etapas iniciales de la historiografía de la ciencia. Invitación a recuperar su internacionalidad y su integración», *Arbor*, 558-560: 21-67.
- López Piñero, José M., y Navarro Brotóns, Víctor (1998), «Estudios histórico», en José M. López Piñero *et alii*, *La actividad científica valenciana de la Ilustración*, Valencia, Diputación de Valencia.
- Maravall, José Antonio (1972), «Mentalidad burguesa e idea de la Historia en el siglo XVIII», *Revista de Occidente*, 107: 250-286. [Reed. en *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, intr. y compilación M.ª Carmen Iglesias, Madrid, Mondadori, 1991.]
- Martínez Vidal, Alvar, y Pardo Tomás, José (1995), «*In tenebris adhuc versantes*. La respuesta de los novatores españoles a la invectiva de Pierre Régis», *Dynamis*, 15: 301-314.

- Mayans y Siscar, Gregorio (1973), *Epistolario. III. Mayans y Martí*, transcripción, notas y estudio preliminar de Antonio Mestre, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva.
- Mayans y Siscar, Gregorio (1983), *Obras completas, I. Historia*, ed. Antonio Mestre, Valencia, Ayuntamiento de Oliva / Diputación de Valencia.
- (1984), *Obras completas, III. Retórica*, ed. Antonio Mestre, Valencia, Ayuntamiento de Oliva.
- McClelland, Ivy L. (1976), «The signifiacnce of Feijoo's regard Bacon», en Gabino Díaz Merchán (ed.), *Fray Benito Jerónimo Feijoo, fe cristiana e Ilustración*, Oviedo, Seminario Metropolitano: 249-274.
- Mestre Sanchís, Antonio (1970), *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del XVIII*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva.
- (1996), «Apología y crítica de España en el siglo XVIII», *Studia Historica. Historia Moderna*, 14: 11-111.
- (2003), *Mayans: proyectos y frustraciones*, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva.
- Mindán, M. (1956), «Andrés Piquer y su contribución a la historia de la medicina», *Asclepio*, VIII: 167-176.
- Navia Osorio, Álvaro, marqués de Santa Cruz de Marcenado (1984), *Reflexiones militares por el ...*, prólogo de Jesús Evaristo Casariego, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos.
- Nisbet, Robert (1980), *Historia de la idea de progreso*, Barcelona, Gedisa.
- Olabarri Gortázar, Ignacio (1986), «Proyectos historiográficos de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País», *I Seminario de historia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Bicentenario de la muerte del conde de Peñafloreda, 1785-1985*, San Sebastián, Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País: 459-470.
- Pérez Magallón, Jesús (2002), *Construyendo la modernidad: la cultura española en el 'tiempo de los novatores' (1675-1725)*, Madrid, CSIC, Instituto de la Lengua Española.
- Peset, Vicente (1965), «Gregorio Mayans (1699-1781) y la historia de la medicina», *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, IV: 3-53.
- (1972), ed. Gregorio Mayans y Siscar, *Epistolario. I. Mayans y los médicos*, transcripción, notas y estudio preliminar, Valencia, Publicaciones del Ayuntamiento de Oliva.
- Peset, José Luis, y Lafuente, Antonio (1981), «Ciencia e historia de la ciencia en la España ilustrada», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 178: 267-300.

- Peset, Mariano, y Mancebo, María Fernanda (1975), «Nicolás Antonio y la historiografía jurídica ilustrada», en *Homenaje al Dr. D. Juan Reglà Campistol*, t. II, Valencia, Universidad de Valencia: 9-20.
- Quiroz-Martínez, Olga (1949), *La introducción de la filosofía moderna en España: el eclecticismo español de los siglos XVII y XVIII*, México, El Colegio de México.
- Rodríguez Mohedano, Pedro, y Rafael (1766), *Historia literaria de España, desde su primera población hasta nuestros días... Por los PP. ...*, t. I, Madrid, Antonio Pérez de Soto.
- Ruiz de la Peña Solar, Álvaro (2012), *La hora de Asturias en el siglo XVIII*, Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos / Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII.
- Sáenz de Santa María, Carmelo (1983), «Feijoo y las *Memorias de Trévoux*», en VV. AA., *II Simposio sobre el padre Feijoo y su siglo*, vol. II, Oviedo, Cátedra Feijoo: 53-60.
- Sánchez Granjel, Luis (1973), «Orígenes de la historiografía médica española», *Asclepio*, XXV: 21-30.
- Sarmiento, Martín (1775), *Obras póstumas del Rmo. P. M. Fr. Martín Sarmiento, benedictino. Tomo Primero. Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, Madrid, Joaquín Ibarra.
- Sempere y Guarinos, Juan (1782), *Reflexiones sobre el buen gusto en las ciencias y en las artes. Traducción libre de la que escribió en italiano Luis Antonio Muratori, con un discurso sobre el gusto actual de los españoles en literatura*, Madrid, Antonio de Sancha.
- (1786), *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, t. III, Madrid, Imprenta Real.
- Urzainqui, Inmaculada (1987), «El concepto de *historia literaria* en el siglo XVIII», en *Homenaje a Álvaro Galmés de Fuentes*, Madrid, Universidad de Oviedo / Gredos: 565-589.
- (2003), «Campomanes y su *Noticia* de Feijoo», en Remedios Morales Raya (coord.), *Homenaje a la Profesora María Dolores Tortosa Linde*, Granada, Editorial Universidad de Granada: 481-492.
- (2004), «El discurso de Feijoo sobre la prensa», en Isaías Lerner, Robert Nival y Alejandro Alonso (eds.), *Actas del XV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, t. III, Newark, DE, Juan de la Cuesta Press: 611-622.
- (2014), «Estudio introductorio», a Benito Jerónimo Feijoo, *Obras completas, Tomo II. Cartas eruditas y curiosas*, I, ed. Inmaculada Urzainqui y Eduardo San José, Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII / Ayuntamiento de Oviedo / KRK.
- Uzcanga Meinecke, Francisco (ed.) (2009), Benito Jerónimo Feijoo, *Cartas eruditas y curiosas* [antología], Barcelona, Crítica.